VIAJES POR ESPAÑA

VII. La Leyenda de los Infantes de Lara

En el mapa lingüístico-folklórico de España que con su acostumbrada amabilidad me había preparado mi distinguido amigo don Ramón Menéndez Pidal ya estaba arreglada para mí una parte del viaje que había de hacer. Yo había ido a España para recoger cuentos populares donde la tradición todavía se encontrase en pleno vigor. Algunos lugares debían visitarse de preferencia: el este de la provincia de Burgos por Salas de los Infantes, el sur de la provincia de Ávila, Soria, Cuenca, Teruel, y partes de Andalucía. Santander, Palencia y la parte de Burgos por donde hasta ahora había andado habían resultado prolíficas en cuentos y romances, pero eran regiones algo exploradas, particularmente por los buscadores de romances. Por eso era necesario salir a explorar tierras nuevas, ir a donde ningún folklorista hubiese antes ido; y un hermoso día del mes de agosto salí de Burgos para Salas de los Infantes, pueblo antiquísimo de unos 5000 habitantes situado en el extremo sureste de la provincia, y cuna de bellas y sangrientas leyendas castellanas de pasados siglos.

El viaje fué en coche-automóvil. Salimos a las ocho de la mañana y llegamos a Salas de los Infantes a las doce; cuatro horas para un trayecto de cincuenta kilómetros. Pero es que los caminos son malísimos y hay muchas subidas y bajadas. Además en todos los pueblos el auto se detiene para descargar y recoger pasajeros, correo y hasta muchos artículos de comercio. El paisaje es de lo más pintoresco y hermoso que se puede imaginar. La Sierra de Burgos me pareció una inmensa agrupación de mesetas, cuestas, vallecitos y llanuras; por todas partes hierba en abundancia y aquí y allí pequeños rebaños de ovejas. En los valles, por los riachuelos se presentaba de cuando en cuando un pueblecito o un caserío pobre donde unas cuantas personas, entre ellas siempre algunos niños, esperaban la llegada del auto, silenciosas y austeras. En estos pueblecitos castellanos no hay la animación y el bullicio característicos de los pueblos de Andalucía. Diría uno que están siempre tristes, que la moderna máquina viajera los aterra. Pero no; es el carácter castellano. En todas partes de Castilla pasa lo mismo; al principio, a la primera vista, los castellanos son siempre esquivos y demasiado austeros. Se entregan con mucho cuidado y al parecer con desconfianza. Hay que conocerlas bien a estas almas nobles para poder sacar algún

provecho siquiera de su conversación. No recuerdo ahora los nombres de todos los pueblos por donde pasamos. Me vienen a la memoria solamente Ontoria, Cubillos, Cuevas, Mambrillas, Hortigüela, Barbadillo del Mercado. ¿Cómo se me había de olvidar Barbadillo?

Desde que salí de Burgos hasta que volví a los cinco días después de visitar Salas, Barbadillo, Contreras, Santo Domingo de Silos, Covarrubias, mi vida fué una serie no interrumpida de emociones. Y todo, todo lo que me pasó va directa o indirectamente relacionado con la Leyenda de los Infantes de Lara. Desde que salí de Burgos no pensaba yo en otra cosa. Iba sentado al lado del *chauffeur* y al llegar a Hortigüela éste me indicó los cercanos pueblos de Lara, Campo Lara, San Millán de Lara y el castillo de Lara. Aquí estamos ya en el valle del río Arlanza y en los lugares donde se desarrolla la antigua leyenda. Los nombres mismos me emocionaban, y con razón. Parecía que soñaba. Yo que había estudiado muchas veces los detalles geográficos de la leyenda me encontraba ahora en la tierra misma donde vivió y vive. Se me figuraba que ya no me faltaba más que encontrarme con el mismo Mudarra montado en un brioso caballo árabe que asomaba por una cañada persiguiendo a violencia de carrera al traidor de Ruy Velázquez. Pero esto no era más que un principio. Llegamos a Barbadillo a tres kilómetros de Salas, pueblo donde vivió doña Lambra, la vengativa tía que tramó la trágica muerte de sus sobrinos, los siete infantes de Lara. Todavía en el día de hoy les dicen a los habitantes de Barbadillo los alambrados o *alambraos*. Apenas devisé yo el pueblo de Barbadillo cuando comencé a recitar mentalmente algunos versos del famoso romance que nos ha trasmitido las quejas de doña Lambra a su marido:

—Yo me estaba en Barbadillo, en esa mi heredad;
mal me quieren en Castilla los que me habían de aguardar.
. . . .
Matáronme un cocinero so faldas del mi brial.
Si de esto no me vengáis yo mora me iré a tornar.
Allí habló don Rodrigo, bien oiréis lo que dirá:
—Calledes, la mi señora, vos no digades atal.
De los infantes de Salas yo vos pienso de vengar.

Llegado que hube a Salas de los Infantes lo primero que hice fué visitar las ruinas del antiguo palacio, donde don Gonzalo Gustios de Lara vivió con su esposa doña Sancha y sus siete hijos. Era un palacio inmenso con siete salas, cada una de las cuales estaría dividida en varias habitaciones. Después visité la iglesia parroquial de Salas,

la iglesia de Santa María de Salas, donde están enterradas, según la leyenda, las cabezas de los siete infantes al lado del evangelio. Visitados los existentes monumentos relacionados con la leyenda me entregué con entusiasmo a buscar cuentos y romances y la cosecha fué muy abundante. Entre otros materiales valiosos encontré dos preciosas versiones de los romances de Gerineldo y la Niña Guerrero. Tres días estuve en Salas recogiendo folklore, yendo de allí a pie a los vecinos pueblos de Castrovido y Hacinas. Sobre la leyenda de los infantes de Lara recogí varios cuentos y tradiciones. Antes de despedirme de Salas la curiosidad me llevó a ver el lugar donde quedó estampada la herradura del caballo de doña Lambra cuando según una tradición enteramente fantástica huía ella de los infantes y el caballo dió un bote y fué a dar con ella en la Laguna Negra. Algunos de mis lectores no conocerán todos los detalles de la leyenda de los infantes y por eso voy a contar brevemente sus más salientes detalles, consagrados en las antiguas crónicas y en los romances.

Ruy Velázquez de Lara, un hidalgo castellano de Vilvestre se casa en Burgos con doña Lambra de Bureba, prima hermana del conde de Castilla, Garci-Fernández. Las bodas son muy espléndidas y asisten a ellas gentes de todas partes, entre ellas los siete infantes de Lara, sobrinos de Ruy Velázquez, con su madre doña Sancha. De repente las bodas se ven turbadas por una acalorada disputa sobre el lanzar al tablado, un tablado o pequeño castillo elevado, al que los caballeros tiraban sus varas para derribarlo. Doña Lambra y doña Sancha se dicen palabras injuriosas. Según los romances doña Lambra le echa en cara a doña Sancha el parto prodigioso de los siete hijos. Gonzalo, el menor de los infantes mata a un caballero, primo de doña Lambra. Se queja ella con su marido y éste se dispone a castigar a su sobrino. Gonzalo se defiende y resulta tal contienda que ya los del bando de los infantes van a batirse con los del bando de Ruy Velázquez; pero gracias a la mediación del Conde de Castilla y de Gonzalo Gustios se hacen las paces. Se acaban las festividades y Ruy Velázquez se va con el conde a la guerra. Doña Lambra se va para Barbadillo, su heredad, acompañada por sus sobrinos, los siete infantes y su madre doña Sancha, hermana de Ruy Velázquez. Pero apenas llegan a Barbadillo se despierta en doña Lambra la sed de venganza y hace que uno de sus criados insulte vilmente a Gonzalo arrojándole en la cara un cohombro lleno de sangre. Siguen los infantes entonces al criado y le matan con sus espadas aunque se había acogido bajo el manto de su señora. Se van los infantes para Salas y cuando llega Ruy Velázquez

a Barbadillo su mujer le cuenta su afrenta y el marido urde la traición. Entrega despiadadamente a los siete infantes a los moros en el Campo de Almenar, donde todos son descabezados, y al padre le envía a Almanzor para que éste le mate. El rey moro le mete en prisiones para darle su libertad cuando sus capitanes llegan con las cabezas de los infantes. Gonzalo Gustios las reconoce y llora sobre ellas, y vuelve desconsolado a su palacio de Salas donde vive pobremente. Más tarde su hijo bastardo, Mudarra, viene de la corte de Almanzor a vengar a sus siete hermanos y da muerte al traidor de Ruy Velázquez y a su esposa doña Lambra.[1]

Salí de Salas de muy mala gana. Ya habían pasado tres días pero todavía no encontraba calma mi espíritu. Algo me tiraba a la tierra de los Infantes de Lara y se me figuraba que allí dejaba algún ser querido que no debía abandonar; pero hice el sacrificio y me despedí. Hice el viaje a Barbadillo, ya de vuelta, a pie, una distancia de tres kilómetros. De cuando en cuando me detenía y volvía la cara hacia Salas porque se me figuraba que cada vez que veía el pueblo iba a ser la última, pero la última vez que esto me pasó ya había desaparecido; se veía solamente el pueblo cercano de Hacinas. Era un día caluroso y todo el ambiente, tierra, cielo, y sol, se presentaba como una monótona inmovilidad, un silencio tan extraño que casi me molestaba. A la izquierda llevaba el río Arlanza. De repente observé que un pajarraco de indefinible especie (por lo menos para mí, pecador) volaba a mi derecha al lado del camino. —Para agüeros estamos,— dije yo, hablando a solas; y como verán mis amables lectores, agüeros eran y buenos, que para malos me bastaban los de la trágica leyenda.

Pero por fortuna no tuve tiempo para pensar mucho en agüeros. Perdí de vista al pajarraco y a unos doscientos metros adelante ví que caminaban despacio hacia Barbadillo dos niños. Apresuré el paso y casi sin que ellos se dieran cuenta de ello iba ya caminando a su lado. Al verme se sorprendieron un poco, se sonrieron y comenzaron a cambiar miradas furtivas y risueñas como suelen hacer los niños en presencia de una persona desconocida. Desde luego les hice unas preguntas, pero nada contestaban. —¿Adónde váis? No me contestaban. —¿Qué lleváis en esa cesta? Ninguna contestación. Se miraban furtivamente y sonreían como al principio. Pero poco a poco

[1] Ésta es una versión muy abreviada de la leyenda. Hay variantes interesantes que no es necesario apuntar aquí. Los que se interesen en los detalles de esta trágica pero encantadora leyenda deben leer el magistral estudio de don Ramón Menéndez Pidal, *La Leyenda de los Infantes de Lara,* Madrid, 1896.

les gané la confianza. El mayor de ellos, que tendría unos siete años, andando, andando, me dijo en un momento cuando yo callaba, queriendo sin duda pedirme perdón por su conducta y contestar a todas mis preguntas: —Nosotros vamos *pa* Barbadillo. Ya vamos llegando. Éstas son moras. Y usté ¿*ánde* va? Les dije que iba a Barbadillo, y desde aquel momento ya éramos amigos. —¿Para qué son esas moras?— les pregunté para continuar la conversación, y el menorcito, que apenas contaría unos cuatro o cinco años me contestó balbuciente: —Son *pa* comer. Son *muchísimo güenas*. En ambos observé que la prolongación de la vocal final sin acento era muy marcada y con una elevación de tono extraordinaria. Después observé que tanto la prolongación como la elevación de tono en estas condiciones es característico de algunas partes de la provincia de Burgos. Llegamos a Barbadillo y no quise despedirme de mis amables compañeros sin saber sus nombres. Me dirigí primero al pequeñico y le pregunté: —Oye, tú. ¿Cómo te llamas? Y sin vacilar me contestó: —Felipe Heras, para servir a Dios y a usté. Cuando decía las últimas palabras apretaba yo de corazón su manecita y me emocioné vivamente al presenciar aquella finura y buena crianza en un niño castellano de tan tierna edad. Es otro ejemplo del carácter castellano. Desde la cuna hasta la tumba son siempre generosos y amables. Le ofrecí una peseta. —No, señor,— me dijo; —déme mejor una perra. Le obligué a aceptar la peseta y con eso me despedí de ellos.

En Barbadillo permanecí un día y una noche. Gracias a la ayuda del maestro de escuela del pueblo, don León Abad, logré recoger algunos cuentos, romances y tradiciones. El fué quien me contó los detalles de la Fiesta del Gallo en Barbadillo y me procuró para que los copiase todos los versos que a ella se refieren. Barbadillo es un pueblecito castellano típico, situado en una colina entre el río Arlanza y un riachuelo que desemboca en él. En la punta del recodo, pero todavía en la altura de la colina, hay un sitio donde se pueden ver las ruinas de lo que era sin duda un palacio antiguo y que según tradición local era el palacio de doña Lambra. Directamente abajo, a una distancia de doscientos metros, donde el riachuelo desemboca en el Arlanza se forma un remanso a manera de laguna, el lugar mismo, se nos figura, donde Gonzalvico entró a bañar su halcón cuando su tía, doña Lambra, ofendida por su extraña conducta y pensando en su venganza por la muerte de su primo Alvar Sánchez envió a un criado suyo a arrojarle en la cara, o en el pecho según la Crónica General, el cohombro lleno de sangre.

Pasé la noche en la Venta Nueva de Barbadillo. Otro día era domingo y fuí a misma mayor, y allí me encontré otra vez con Felipe Heras, el cual con toda la solemnidad que merecía el caso se acercó a darme los buenos días y en seguida se despidió con el acostumbrado saludo, "Que usté siga bien." Después del almuerzo abandoné a los *alambraos* y el pintoresco Barbadillo y me marché a pie para Santo Domingo de Silos vía Contreras, un trayecto de siete u ocho kilómetros. Me dieron direcciones generales y emprendí el viaje. Era necesario dar la vuelta de una cuesta de unos tres kilómetros de larga y seguir por el otro lado hasta Contreras, y en Contreras debía pedir nuevos informes para seguir adelante. Llegué a Contreras como a las tres de la tarde. Toda la gente del pueblo, al parecer, se ocupaba en la trilla. El pueblo está escondido entre altas cuestas y cuando llegué se me presentó a la vista una escena de un interés extraordinario. El caserío del pueblo se extiende sobre una ladera y en todas direcciones se veía el rastrojo amarillento como borde dorado alrededor de este miserable y antiquísimo pueblo de Castilla. Es un pueblo aislado adonde no llega ningún camino bien definido. Por varios senderos, por donde se le antoja al campesino que hay sendero, llegan las tartanas y las caballerías de Silos, Salas y otros pueblos vecinos.

El borde dorado de rastrojo estaba salpicado aquí y allí por grupos de gente ocupados en la trilla. Algunos empezaban la trilla con sus trillos antiguos tirados por caballos o bueyes de la misma manera que se trillaba en la época de Escipión el Africano. El trillo no es ni más ni menos que una especie de trineo primitivo, unas cuatro tablas clavadas a unos dos o tres largueros que resbalan sobre el trigo desgranándolo poco a poco. Otros grupos estaban ya beldando el trigo con horquillas y bieldos, y las pirámides de trigo se iban poniendo más y más limpias y brillantes. Es la riqueza del país. El buen pan es el alimento principal de estas buenas gentes.

Pero la belleza de estos paisajes, todos tan nuevos y tan llenos de encanto para mí, nunca me hacían olvidar mi misión. Yo era sobre todo un folklorista y ¿para qué había de ceder enteramente a la admiración pasiva de la belleza artística? Al contrario mi admiración debía llevarme a mayor entusiasmo en mis investigaciones y estudios. Al salir de Barbadillo no llevaba la intención de recoger cuentos en Contreras. Iba a hacer un viajecito a Silos para conocer el famoso monasterio de Santo Domingo, y nada más. Pero llegando a Contreras creí que sería un desatino, una locura llegar a Contreras, uno de los pue-

blecitos castellanos más apartados del comercio, y no recoger alguna tradición o cuento. Hacía calor y con pretexto de descansar me dirigí a la era que más cerca estaba y entablé conversación. Primero les rogué me dijeran el camino de Silos, cosa que no tardaron en decirme, pues no había más que hacer que subir una alta cuesta que estaba delante de nosotros y al otro lado estaban el pueblo y el monasterio. Casi al momento que llegué principiaba la hora de la merienda o siesta de la tarde y todos los de nuestra era se me acercaron curiosos. Viéndome rodeado de tan buenos sujetos para el folklore dije lo que buscaba sin perder un minuto. Al principio casi todos callaban. Pero como eso me pasaba en todas partes nunca me desanimaba. Yo mismo estuve recitando algunos versos de romances y poco a poco se iban entusiasmando mis oyentes contrereños. Me estuve allí tres horas y salí con dos romances y un cuento sobre los Infantes de Lara.

Estaba ya para despedirme después de recoger dos versiones de romances tradicionales cuando volví a preguntar si alguien sabía algo sobre los Infantes de Lara. Una amable viejecita, doña Juana Martín, de sesenta y ocho años de edad y que nunca en su vida ha salido de Contreras, donde nació, empezó a contarme un interesante cuento. Le rogué me lo contara despacio para anotarlo. Accedió a mi ruego y copié el cuento, una preciosa versión de un cuento tradicional, aunque breve, sobre algunos detalles de la famosa leyenda, el prodigioso parto de los siete infantes, la venganza de doña Lambra y la muerte de ella y Ruy Velázquez a manos de Mudarra. Fué un hallazgo importantísimo para el estudio del romancero porque contiene unos versos de un romance antiguo, antes desconocidos en la tradición moderna. Los dos versos de romance de nuestro cuento son aquellos del romance antiguo que refieren el denuesto que profirió doña Lambra a la madre de los infantes sobre el prodigioso parto:

> Doña Urraca, doña Urraca, bien to puedes alabar,
> que has parido siete infantes como puerca en muladar.

Si ponemos doña Sancha en vez de doña Urraca los versos están perfectamente conservados. Son los primeros versos que se han encontrado en la tradición oral de España sobre un romance de los Infantes de Lara. Mis lectores se pueden figurar el alegrón que tuve al oir de los labios de doña Juana esos versos. Sentí seguramente en ese momento lo que los psicólogos llamarían una emoción completa y perfecta. Pero sea como fuere yo nunca olvidaré a Contreras ni a doña Juana. Recordaba ella que en Contreras había oído todo el romance.

Gracias a que hayamos podido recoger siquiera estos dos versos, que valen ellos solos el viaje no ya de Burgos sino de Madrid a Contreras, a pesar del contratiempo que sufrí una media hora después.[1]

Era yo el hombre más feliz del mundo y lo único que me molestaba era no poder enviar pronto a don Ramón un parte por medio de la telegrafía sin hilos dándole cuenta de todo. Y eran ya las seis cuando salí de Contreras para Silos creyendo que subiría la cuesta y llegaría en media hora o menos. Pero como era yo feliz en romances y cuentos no lo había de ser en todo, y apenas comencé a subir la cuesta observé que se habían levantado no sé de dónde unas nubes negras y amenazadoras que cubrían todo el cielo con una solemnidad verdaderamente castellana. A la cumbre de la bendita cuesta había ya llegado, de donde se veían ya el pueblo de Silos y el monasterio a medio kilómetro de distancia cuando comenzó a llover. Apresuré el paso, corriendo para llegar aprisa, pero de repente se convirtió aquello en un formidable chaparrón, una verdadera tormenta de lluvia y granizo. Busqué abrigo bajo un cercano pino de mala muerte, donde permanecí doblado y chorreando por unos diez minutos hasta que pasó aquella borrasca de lluvia, granizo y relámpagos. Llegué a Santo Domingo de Silos como si me hubieran acabado de sacar del fondo del mar. Los buenos padres tuvieron que prestarme ropas secas y vestido de monje benedictino me dirigí al refectorio con el reverendo padre, don Hermenegildo Nebreda, Vicario de Silos.

AURELIO M. ESPINOSA

STANFORD UNIVERSITY

[1] El cuento entero con otro de Salas publiqué en la *Romanic Review,* Abril de 1921.